

Biblia e imperios

PRESENTACIÓN. BIBLIA E IMPERIOS: CLAVES DE RELECTURA Y RESISTENCIA

El papa León en su primera encíclica, *Magnifica humanitas*, plantea la pregunta decisiva de cómo construir la «ciudad donde Dios y la humanidad habiten juntos» (MH 1). El desafío que hemos de enfrentar para ello no toca solo a la inteligencia artificial (MH), a la ecología integral (LS) y la amistad social (FT), sino también y muy directamente al ejercicio del poder, que incluye las decisiones sobre la guerra y el manejo de muchos de los mecanismos del ejercicio de la violencia y la imposición.

Frente a todo tipo de abusos de poder, de guerras y de violencias, el papa León no ha cesado de alzar la voz pidiendo paz y reconciliación, empezando por su saludo desde el balcón de San Pedro, en el día de su elección como Obispo de Roma. Lo ha reiterado, por ejemplo, en su primer mensaje para la jornada mundial por la paz:

«Desde la tarde de mi elección como Obispo de Roma he querido incorporar mi saludo en este anuncio coral. Y deseo reafirmarlo: “Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante. Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente”»¹.

¹ León XIV, Mensaje de su santidad León XIV para la LIX jornada mundial de la paz, 1 de enero de 2026 (8 diciembre 2025); con referencia a: *Bendición apostólica «Urbi et Orbi» y primer saludo*, Logia central de la Basílica de San Pedro (8 mayo 2025).

El desafío de la paz y de la construcción de la ciudad en que Dios y la humanidad habiten en justicia no puede dejar de lado la reflexión sobre los imperios, que a lo largo de la historia, y hoy en día, tratan de imponer por medios coactivos de diverso signo sus intereses políticos, económicos y culturales, no pocas veces arrogándose un papel mesiánico, apelando incluso a justificaciones de carácter religioso o a un encargo con tonos cuasidivinos.

Hoy en día seguimos asistiendo al empleo de la guerra como arma para lograr objetivos políticos, económicos y culturales, que se recubren a veces bajo capa de defensa de la seguridad nacional, supuestamente amenazada. También se constatan diversas estrategias de avasallamiento e imperialismo cultural, con la imposición de una cultura hegemónica que uniformiza y reduce la rica diversidad de culturas y tradiciones locales. Los actuales imperios, con sus cabezas funcionando como emperadores hegemónicos, emplean estratagemas en el comercio internacional para lograr la pleitesía de sus vasallos, sometidos a sus intereses, despreciando las legítimas aspiraciones locales de los países denominados periféricos.

En el escenario mundial, venimos asistiendo en los últimos años a un desprecio creciente del derecho internacional. Se impone la ley del más fuerte, sin pudor alguno, justificado con proclamas populistas. Los poderosos, como los antiguos imperios, imponen sus intereses y su ley sin atender al derecho, mediante medios coercitivos de diversa índole, desde el empleo de la fuerza militar, pasando por diversos instrumentos de presión económica: financiera, comercial (aranceles), restricción del acceso a ciertos bienes estratégicos.

Más allá de lo que una reflexión racional y política pueda aportar, en este contexto, desde la fe cristiana surge de modo inevitable una paleta de interrogantes: ¿qué nos dice la experiencia vivida por el pueblo de Dios, Israel y la Iglesia, ante la fuerza avasalladora y avasallante de los imperios? ¿Qué podemos aprender de la Escritura para vivir en una época de imperios, que emplean medios militares y otros más sutiles de modo coactivo para imponer sus programas políticos, económicos, culturales bajo capa de misión divina y humanizadora? ¿Se nos dan pistas para una resistencia cultural desde la fe? ¿Hay estrategias teológicas para lidiar con la fuerza feroz de poderes que, por su acumulación de fuerza, parecerían humanamente indestructibles? ¿Se puede sostener la esperanza en el Dios de la vida y en la bondad de la humanidad en

esta situación y con qué fundamento? ¿Es necesario pactar un modo de convivencia con los poderes fácticos de los imperios dominantes o se da alguna forma de oposición inteligente a la fuerza imperial? En otras palabras, ¿cómo se conjuga una lectura teológica que ilumine la comprensión de la situación, marcada por la opresión imperial, combinada con una estrategia práctica para organizar con sentido y desde la fe la vida cotidiana de la comunidad creyente? Para responder a estas preguntas contamos con tres valiosas contribuciones.

El profesor Francesco Cocco, de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), se adentra en la vivencia teológica recogida por la Escritura del pueblo de Israel ante dos grandes imperios: el persa (Deuterocanónicos) y el helenista (Daniel). En ambos casos, la estrategia fundamental descubierta para hacer frente al poder de los imperios es la traducción; algo que contiene más miga de lo que parece, como advertirá el lector que se aventure a disfrutar del artículo. Esto supone, en primer lugar, salir de la lógica y los códigos de lectura de la realidad que el poder maneja, ofreciendo otra lectura, teológica, que desarticula la significación que los imperios se otorgan a sí mismos en el teatro de la historia. Así, pues, se trata, ante todo, de la elaboración de una teología de la historia, en la que el maestro que dirige los peones que intervienen en el tablero de la historia no es otro que Dios.

Así, Ciro, emperador persa cuasi todopoderoso, se convierte en el ungido de YHWH, en un instrumento al servicio de Dios. De este modo se desacraliza el poder, se reinterpreta la historia, se reubica su supuesto protagonismo en un panorama más amplio, y se proporciona una esperanza al pueblo, ampliando la mirada más allá de la presión que ejerce la agudeza de la vivencia de la circunstancia actual. Todo esto sucede a la vez que el texto bíblico se fija, se reconfiguran las instituciones (templo, sacerdocio, Ley) que otorgan identidad y referencia; y la Escritura se abre a manejar otras lenguas: arameo y griego *koiné*. Se fija y se abre el texto; se traduce la revelación y se aplica a la situación; se desacraliza a Ciro y se le inscribe en el diseño providente de Dios.

El poder helenista supuso otro reto formidable para la pervivencia religiosa y cultural del pueblo de Israel. Ahora se enfrenta a la situación desde otra estrategia, convergente con la anterior. Se realiza una lectura teológica de la historia, desde el punto de vista del juicio de Dios. Así, la esperanza se desplaza hacia la apocalíptica, pero no se renuncia a ella. Se desenmascaran los imperios por su animalidad y bestialidad, frente

a la humanidad verdadera, que triunfará, del Hijo del hombre y de los santos del altísimo.

Se da un juego constante entre la preservación de elementos fundamentales, la soberanía de YHWH y su fidelidad a la alianza, junto con estrategias de adaptación, tanto mediante la combinación de fijación y traducción del texto (arameo, griego, aparición de LXX), como de teología de la historia: providencia divina (Ciro en Isaías), juicio sobre el final de la historia (Hijo del hombre en Daniel). De esta manera se combina una lectura teológica de la situación, junto con una estrategia política de desenmascaramiento del significado, papel y protagonismo de los imperios. La verdad está de parte de Dios y de sus elegidos. Y finalmente triunfará a pesar de toda la brutal iniquidad con la que se la quiera borrar de la faz de la tierra.

Rafael Aguirre, profesor emérito de la Universidad de Deusto (Bilbao), ofrece una síntesis madura sobre el sentido del reino de Dios, predicado por Jesús de Nazaret, y que irrumpe con su ministerio, en el contexto de la dominación romana del pueblo de Israel. Desde ahí, resulta fácil hacer extrapolaciones hacia otras situaciones.

Aguirre subraya las connotaciones políticas inherentes a la metáfora central del ministerio de Jesús: reino de Dios. Esto choca con otros reinos e imperios, en particular con el imperio de Satanás, figura maligna que representa todo el poder opresor de carácter imperial. Por eso, destaca el innegable componente político de los exorcismos de Jesús, no siempre percibido por el lector actual de los evangelios. Siguiendo esta línea, también se pone de manifiesto la confrontación con el Imperio romano, que culminó en la condena a muerte por parte del prefecto romano, Poncio Pilato.

En conjunto, Aguirre destaca que Jesús contrapone su mensaje y su lógica, la irrupción del reino de Dios, como ámbito de la misericordia divina y la fraternidad humana, a las dinámicas propias de todos los imperios, en este caso particular, el romano, asociado con el Sane-drín. La acción de Jesús muestra el modo de irrumpir el reino de Dios ya en la historia, abierto a la consumación que esperamos. Se abre así un modo de estar presente en la historia, bajo la unción del Espíritu de Dios, como Jesús, que es una alternativa radical a todas las formas de opresión características de los imperios terrenos.

Finalmente, Carlos Gil, de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), sigue la pista a las relaciones que el cristianismo naciente, en sus

dos primeras generaciones (30-110 d. C.), estableció con el Imperio romano, fijándose en la categoría *pietas* (piedad). Se trata de una categoría eje en la concepción romana de la familia y la relación con el emperador y, por ende, con el imperio.

En este lapso de tiempo se dio una cierta diversidad. Algunos documentos, como el evangelio de Marcos y las cartas paulinas, en su tenor fundamental, mantuvieron una postura distante, afincados en el recuerdo del significado revolucionario y contracultural de la cruz de Cristo, ejecutado por el poder del Imperio romano. Otros documentos, como las deuteropaulinas y el corpus lucano, muestran una tendencia que busca la convivencia con el Imperio romano, asimilando, al menos en una mirada primera, sus códigos, como ocurre con los códigos domésticos en Col 3,18-4,1 y Ef 5,21-6,9.

El autor propone una estrategia de lectura basada en la antropología cultural, incluyendo Rom 13,1-7, para detectar códigos cifrados, que permiten mantener una distancia y una crítica al Imperio romano y sus valores, a pesar de una aceptación verbal, al menos aparente. En esta tesitura, que suena a franca claudicación y asimilación acrítica de la institución patriarcal diseñada por el Imperio romano, propone que habría de realizarse una doble lectura: la que percibirían los poderes dominantes y los no iniciados, que suena a una aceptación de lo que implica el patriarcado romano; y la que captarían los iniciados, mediante símbolos y alusiones cifradas suficientemente claras, en las que la memoria subversiva del Crucificado por los romanos seguía vigente, criticando las instituciones, estructuras y valores del imperio y su patriarcado. De este modo, el cristianismo naciente habría ejercido siempre, incluso en los momentos en los que parece pactar con la asimilación al imperio y a la lógica del patriarcado, una fidelidad al mensaje de Jesús sobre el reino de Dios, que lleva ínsita una crítica al Imperio romano y sus lógicas patriarcales.

Situados en nuestra coyuntura, no cabe duda de que estamos llamados a continuar esta historia santa. Resuena una llamada a la creatividad simbólica, la resistencia cultural, la relectura teológica que desacraliza, desenmascara y denuncia, a la audacia expresiva que sorteja las censuras oficiales, a la vez que a generar prácticas cotidianas e instaurar instituciones alternativas, que den cauce a la hospitalidad y la reciprocidad fraterna. En definitiva, estos testimonios de los creyentes en el Dios de la alianza, en la llegada del reino de Dios mediante el

ministerio de Jesús y en la fuerza de la palabra Cruz siguen espoléándonos e inspirándonos a los cristianos del siglo XXI para no claudicar nunca, desde la fe, ante los poderes imperiales, que de un modo u otro, en lugar de humanizar, desfiguran el rostro de las personas, ante todo de los pobres, y pretenden usurpar el lugar que solo le corresponde al que es digno de ocupar el trono: al Cordero degollado.

GABINO URÍBARRI BILBAO
Director de *Estudios Eclesiásticos*
Universidad Pontificia Comillas
guribarri@comillas.edu